



Conocí a Alberto Montt hace algunos años. No recuerdo bien la fecha, pero eran esos tiempos en que la red social X se llamaba Twitter y se parecía más a una plaza pública para juntarse a conversar que a un *ring* de todo vale. Yo hacía radio todos los días y me la pasaba dando vueltas por ahí, tratando de escapar de la predecible agenda política en busca de alguien o algo genuino, con olor a nuevo, que nos permitiera como programa seguir transitando a tumbos por la vereda de enfrente.

Ahí se me apareció Montt con sus *Dosis diarias*, esas viñetas que parecían concebidas con sentido de urgencia, como una necesidad imperiosa de sacarse de encima un pensamiento rumiante y poner en común esa mirada incómoda que primero te sacaba una carcajada y que, medio segundo después, te tapaba a preguntas. En un dibujo y un par de frases estaba todo eso que preferimos no

mirar demasiado: nuestras contradicciones, nuestras pequeñas miserias, inseguridades, ansiedades, la muerte, Dios y el diablo de las mechas en un mismo cajón.

Cuando lo invitamos por primera vez a la radio, se presentó como chileno, pero no lucía como chileno —llegó con su casi metro noventa enfundado en un pantalón de lino y guayabera—, ni hablaba como chileno —nos pasamos la mitad de la conversación intentando descifrar de dónde demonios era ese acento hasta que llegamos a su madre y a su infancia en Ecuador—, pero lo que casi me convenció de que estábamos en presencia de un gran impostor era que no pensaba como chileno. Los chilenos y chilenas pedimos perdón de antemano si es que lo que vamos a decir podría llegar a incomodar a alguien; Montt incomodaba casi sin querer, pero sin dar respiro, cada reflexión venía cargada de esas observaciones y verdades que

preferimos obviar a la hora de mirarnos el ombligo. Los chilenos en general hablamos a tropezones, vamos construyendo en la ruta y nos llenamos de muletillas para avisar que todavía no terminamos y que aún buscamos la frase para conectar con la anterior; Alberto parecía ya haber pensado y ensayado frente al espejo todo lo que hablamos esa tarde. No hacía pausas ni vacilaba cuando expresaba ideas complejas, combinaba citas con chistes y referencias con remates exquisitamente venenosos.

Comenzamos a invitarlo al menos una vez al año. No tan solo para promocionar sus libros que salían cada vez más cerca el uno del otro, sino para integrarlo a un panel de conversación que repetíamos como un ritual los días previos al 18 de septiembre.

La idea era siempre la misma: reunir a un grupo de extranjeros avecindados acá para hablar de esas particularidades culturales, usos y costumbres que constituyen el “ser chileno”, y como Alberto Montt nos seguía sonando a extranjero era invitado todos los años a integrar esa mesa. “Pero, huevón, si yo soy chileno”, nos decía entre risas cada vez que lo llamábamos para citarlo. Año tras año sonaba distinto.

Siempre llegaba con otras categorías de análisis, con un nuevo arsenal de distinciones finas y punzantes en torno a nuestras inconsistencias y contradicciones que encendían el debate, pero que por sobre todo dejaban flotando, como siempre, una tonelada de preguntas.

En un momento dejamos de vernos. En la radio interrumpimos la sección de los extranjeros hablando de Chile, nacieron hijos, nos separamos, nos volvimos a emparejar, la vida misma. Alberto empezó a viajar para presentar sus libros en distintos lugares del mundo y mientras el efecto de sus viñetas

adquiría proporciones más globales, fue invitado por la prestigiosa *Maison des Auteurs* de Angoulême en Francia para realizar una residencia artística. De vez en cuando me enviaba largos mensajes de audio preguntando mi opinión por algún acontecimiento político que estuviera ocurriendo en Chile o simplemente para chismosear respecto de alguien o de algo que estuviera generando tráfico en redes sociales. Siempre lo entendí como una genuina necesidad de conectar afectivamente con ese ruido ambiente tan chileno que ensordece y entornece al mismo tiempo o tal vez como una forma de acopiar pareceres y percepciones para alimentar un próximo libro. Pensándolo bien creo que no era ni la una ni la otra por sí sola, sino las dos al mismo tiempo.

En junio del 2024 yo vivía en la Ciudad de México y me enteré a través de su cuenta Instagram de que pasaría por ahí algunas horas para presentar su último libro: *México, la obra maestra del diablo*. El título resumía el juego. Quedé de asistir a la presentación y salir luego juntos por el barrio a “tomar una sopita”. Llegué al cine Lido casi sobre la hora. El lugar ya había copado sus ciento cincuenta localidades y la fila de feligreses —cada uno con más de un libro del autor en la mano— salía del teatro y se extendía fácilmente por un par de cuadras. Me acerqué al acceso de la sala y no había forma de entrar. En qué momento el tipo al que invitábamos a hacer chistes sobre el padecimiento de ser chilenos ¡¡se había convertido en un autor de proporciones continentales!! Había un corte de cinta en nuestra historia, que no me permitía completar el puzzle. Luego de la presentación —conseguí entrar diciéndole al encargado de la puerta que era primo del escritor y que había viajado especialmente desde Chile— llegó el momento de la firma.

Una hora, dos horas, dos horas y media y aún mucha gente esperando por la suya. Me hice un espacio entre la multitud, llegué a su mesa, me miró por unos segundos sin dejar de firmar y me dijo: “Sí, ya sé, demasiado rato. Muchas gracias por venir, espero verte pronto”.

Nos encontramos algunos meses después cuando coincidimos en Santiago. Le hablé de lo mucho que me había impresionado la cantidad de gente en su presentación de la CDMX, de lo gracioso y agudo de su tono durante la conversa con el presentador, un periodista mexicano que no sabía si abrazarlo por su lucidez o ahorcarlo por su impertinencia. Le dije también lo increíble que resulta dejar a alguien sonando por ahí en uno que otro nicho con un par de cosas publicadas y luego volver a verlo recorriendo el continente con la mano acalambrada de tanto firmar libros. Me escuchó con atención y me dijo casi exactamente lo mismo que cuando le envié el primer borrador de estas líneas: “¡Estás exagerando, huevón! No creo estar a la altura de tantos halagos, y tú, ¿cómo estás?” Falsa modestia, pensé. Luego, recapitulando nuestras últimas charlas, caí en cuenta de que Montt forma parte de esa extraña raza de hombres que en la mitad de sus vidas y de sus tormentas se interesan genuinamente por los avatares del otro. Ese “tú, ¿cómo estás?” es mucho más que un comodín para escapar rápidamente de tener que hablar de sí mismo. Porque probablemente adora hablar de sí mismo, pero más disfruta escuchar lo que está del otro lado, los tonos, las inflexiones, las palabras, las historias.

Ahora vuelve a la carga con *Tratado sobre el mejor país de Chile*, una mordaz y lúcida radiografía sobre aquellos usos y costumbres que serían casi imposibles de explicar y de entender sin pasar por el filtro del humor

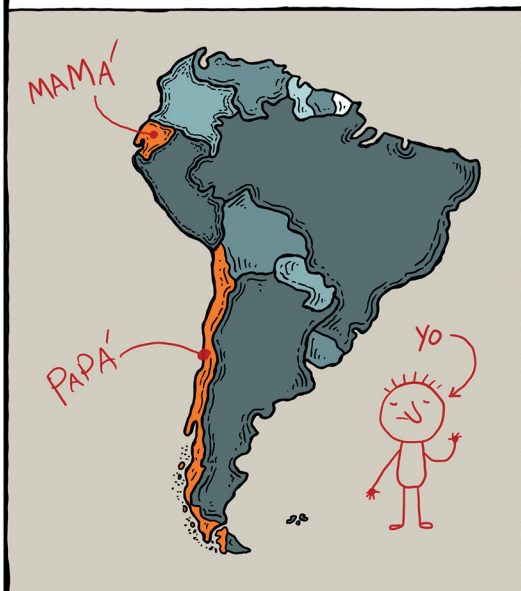
y por la mirada aguda de un observador aventajado. Nuestra curiosa relación con los temblores y terremotos, los misterios insondables de nuestra manera de hablar que corta las palabras y hace desaparecer letras como por arte de magia. Nuestros dichos populares y esa particular economía del lenguaje que le da un protagonismo inusitado a parte importante del reino animal. El universo de nuestras comidas y bebidas, la relación con el tiempo, donde el “ahora” puede ser “después” y el “estoy llegando” es solo un decir para apaciguar la ansiedad del que espera. Chile y los chilenos, en una selección antojadiza de Alberto Montt.

Para terminar y a modo de cierre, me gustaría complementar la acabada lista que presenta aquí Alberto Montt con una “chilenada” que no fue incluida en esta edición. Es muy de chilenos tratar de colgarse de la fama o de la gloria de otra persona atribuyéndose algún tipo de participación o injerencia en la ruta que determinó parte o la totalidad de esa fama o de esa gloria. Por eso, creo que es importante reconocer con humildad, pero al mismo tiempo con determinación, que este libro no habría sido posible sin ese espacio radial de cada año que fue para Alberto, sin lugar a dudas, una fuente de inspiración para llegar a este brillante resultado que ustedes están a punto de conocer. No necesito que te desgastes en agradecimientos. Con el honor que me has dado de escribir estas líneas, ya me doy por pagado.

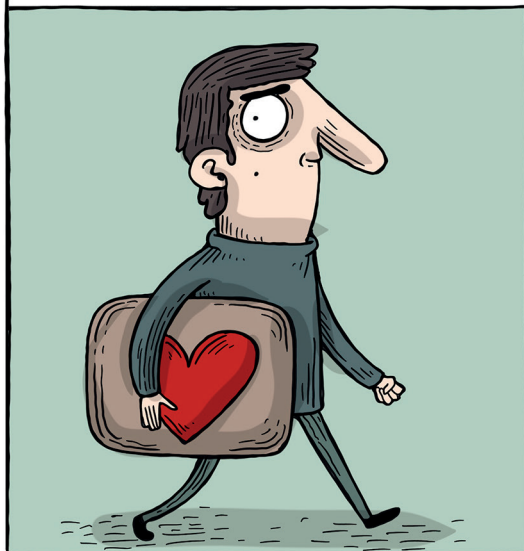
Muchas gracias, Alberto.



NACÍ EN ECUADOR.
MI MADRE ES ECUATORIANA
Y MI PADRE, CHILENO.



VIVÍ PARTE DE MI INFANCIA ALLÁ
Y OTRA AQUÍ. Y TODA MI
ADOLESCENCIA NUEVAMENTE EN
ECUADOR.



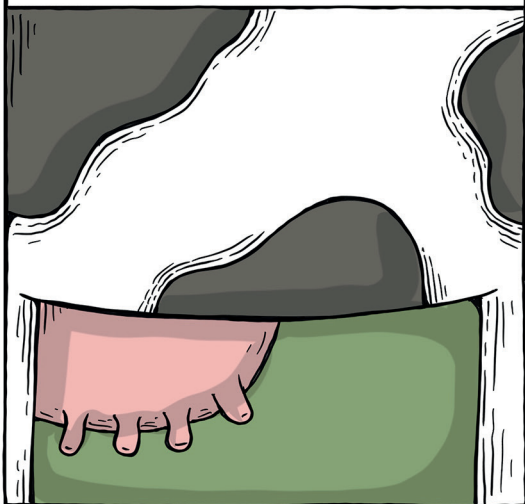
ASÍ QUE DURANTE MUCHOS AÑOS
CHILE FUE, SOBRE TODO, UN PAÍS
QUE MI PADRE ME CONTABA.



ME HABLABA DE LA CORDILLERA,
DEL CAMPO, DE LAS EMPANADAS,
DE LOS SÁNDWICHES DE LA
FUENTE ALEMANA.



DE MADRUGADAS FRÍAS Y LLUVIOSAS, LEVANTÁNDOSE A ORDEÑAR VACAS. MI VIEJO ES CAMPESINO Y SU CHILE ESTABA LLENO DE ESAS HISTORIAS.



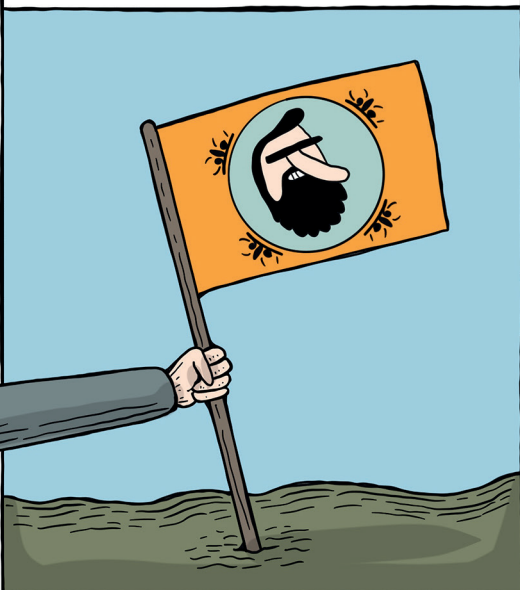
ERA UN NIÑO, ENTONCES TODOS ESOS RELATOS FUERON ADQUIRIENDO DIMENSIONES CASI MITOLÓGICAS.



MUCHO ANTES DE CONOCERLO, YO YA TENÍA UN CHILE ENTERO CONSTRUIDO EN LA CABEZA.



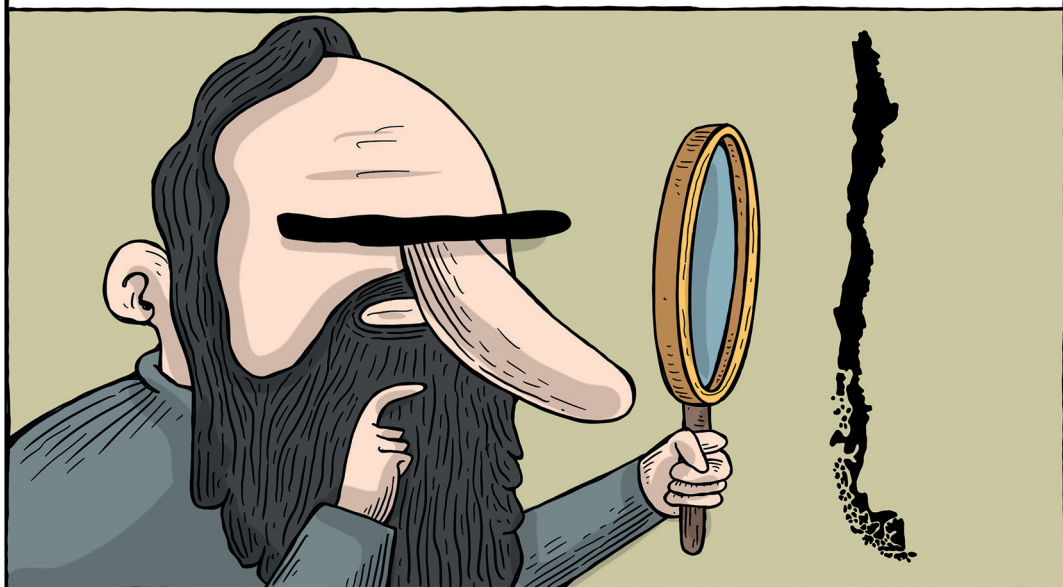
DESPUÉS EMPECÉ A VENIR REGULARMENTE. Y FINALMENTE ME INSTALÉ.



LO QUE ENCONTRÉ SE PARECÍA EN ALGUNAS COSAS AL CHILE DE MI PADRE. EN MUCHAS OTRAS NO ENTENDÍA ABSOLUTAMENTE NADA.



HABÍA PALABRAS, COMIDAS, COSTUMBRES Y MANERAS DE HACER LAS COSAS QUE PARECÍAN PERFECTAMENTE NORMALES PARA TODOS, PERO NO PARA MÍ.



YO TAMPOCO ERA EXACTAMENTE EXTRANJERO. CONOCÍA EL PAÍS, TENÍA FAMILIA, RECUERDOS Y UNA PARTE DE MI HISTORIA ACÁ.



PERO TAMPOCO ERA COMPLETAMENTE CHILENO. MUCHAS COSAS TUVE QUE APRENDERLAS DESDE CERO.



CON LOS AÑOS TERMINÉ
ACOSTUMBRÁNDOME. LAS COSAS
EXTRAÑAS DEJARON DE SERLO Y,
POCO A POCO, ME VOLVÍ
CHILENO. O CASI.

NO ES UN HOT DOG...
ES UN COMPLETO.



POR SUERTE ME QUEDÓ UNA
PEQUEÑA VENTAJA: TODAVÍA
RECUERDO CUANDO MUCHAS DE
ESTAS COSAS NO ME PARECÍAN
NORMALES.



PORQUE CHILE ESTÁ LLENO DE
RAREZAS QUE, DE TAN
COTIDIANAS, VA NO LAS VEMOS.
CÓMO HABLAMOS, CÓMO
COMEMOS, CÓMO NOS
RELACIONAMOS Y EN LAS COSAS
QUE COMPARTIMOS, QUEREMOS,
ODIAMOS O DEFENDEMOS SIN
SABER MUY BIEN POR QUÉ.

PURO HUEVO
CON PESTAÑAS.



ESTE LIBRO ES UN INTENTO DE
VOLVER A MIRAR TODO ESO DESDE
AFUERA. NO PARA EXPLICAR QUÉ
ES CHILE, SINO PARA
DETENERNOS EN ESAS PEQUEÑAS
COSAS QUE, JUNTAS Y CONTRA
TODA LÓGICA, TERMINAMOS
RECONOCIENDO COMO NUESTRAS.

